



Todo esto es muy agradable pensándolo, pero en la realidad ¡cuántos desengaños nos proporciona! Raros son los que se muestran contentos.

Hay, es verdad personas amables, cordiales, para las cuales estos encuentros son alegrías impagables: en el momento de vernos se nos arrojan al cuello y nos abrazar estrechamente, y despues nos acompañan un buen rato rodeándonos el cuello con su brazo, mirándonos con los ojos húmedos, tocándonos como á un hijo á quien se creía perdido y se acaba de encontrar, jadeantes y dichosos, sin cesar de lanzar exclamaciones de alegría, hasta el punto que la gente se detiene y cree que está pasando el símbolo vivo de la amistad.

Pero hay otros á los que dan ganas, en verdad, de darles un bofetón, sin preámbulos de ninguna especie.

Bajo su rostro no se mueve un músculo, su voz no cambia de tono, os alargan la mano como se la da-

rían al guantero para que les tomase medida, y os preguntan como estais, con la tranquilidad de una persona que os encontrara todas las mañanas. ¡Despues de quince años!

Y son capaces de anudar de pronto, el hilo de sus pensamientos, contándoos las peripecias de una partida de juego que han ganado la noche ántes, sin haceros una sola pregunta sobre los sucesos de vuestra vida.

¡Qué mal se está delante de estos pedazos de hielo y de lodo, y con qué impaciencia se mira la esquina próxima tras de la cual nos vengaremos con un llanto feroz!

Estos y aquellos representan los dos extremos: entre unos y otros corre la infinita escala del termómetro del corazón humano.

Hay el amigo que corre á vuestro encuentro gritando, con los brazos abiertos, como las aspas de un molino de viento, no por impulsos del corazón, sino más bien obedeciendo á ciertos instintos de cómico que le impulsan á hacer demostraciones aparentes y ruidosas, que mueven á decir á los que pasan:

—¡Qué corazón!

Hay el amigo contento de sí propio, que se ha hecho célebre, rico ó influyente, que llega á nosotros con las manos tendidas, que busca con avidez



todos los compañeros de su primera juventud, en cualquier estado de fortuna en que se encuentren, que hasta se humilla delante de ellos, no por bondad y por afecto, sino para procurarse una satisfacción de amor propio, mostrando su cambio para hacerse envidiar y admirar, aunque no sea más que por una hora, de aquellos que, en su tiempo, estuvieron á su nivel y que ahora han quedado debajo.

Hay el pobre diablo, sumido en la oscuridad y en la pobreza, que huye de vosotros, no por desprecio, sino por un sentimiento de dignidad y de pudor, para no mostraros su semblante triste y sus trajes averiados, ú os recibe con frialdad orgullosa, para prevenir vuestro orgullo del cual temen una sonrisa que los humillaría; pero pocas veces ocurre esto. Casi todos, al ver á lo lejos á un compañero de la infancia, mientras no son vistos por él, examinan entre sí, rápidamente, si su vanidad ganaría ó perdería en el encuentro: y frecuentemente, observándole sin que él os aperciba, podeis ver su vacilacion en la desigualdad de su paso y en la incierta turbacion de su semblante.

Hay quien se acerca y despues se esconde, habiendo cambiado de pensamiento; hay quien se pára á leer un cartel pegado á la pared, haciéndose visible, para que seais vosotros los que deis el pri-

mer paso; y hay, por fin, quien se aparta de vuestra vista, fingiendo que es por descuido, para que el reconocimiento se verifique necesariamente por las dos partes al mismo tiempo, sin aparecer más deseado por el uno que por el otro.

Hay tambien quien pasa de largo, no por antipatía ni por orgullo, sino más bien por pereza, por evitarse la obligacion de una demostracion afectuosa que le sería impuesta por la cortesía y la incomodidad de volver á hablar de un pasado que le es enojoso.

Existen almas mezquinas que serán partes de nuestra compañía haciéndoos reparar que os hacen una acogida glacial para vengarse, precisamente en aquel momento de un pequeño desaire, de una ofensa de estudiante que le hicisteis hace veinte años y que han conservado cuidadosamente en el corazon como un dardo envenenado, esperando la ocasion de quitárselo para clavarlo á vosotros cuando os encontrase.

Hay alguno que os recibe mal porque su rivalidad de estudiante de Universidad está aún viva en su edad madura, como lo estaba hace diez y seis años, y os acompañan desde léjos, cualquiera que sea la calle que recorráis, aunque esté á mil leguas de distancia de aquella á la que vaya; y sería para



ellos una molestia insoportable tener que haceros un cumplido, aunque fuese sólo con los labios, por el nuevo estado en que os encontrais.

Existen también los vergonzosos, que doblan la esquina cuando os ven aparecer, porque cuando estábais juntos en la escuela eran el "hazme-reir" de todos, ó tenían una señal extraordinaria porque le conocíais ciertos secretos, ciertas debilidades de muchachos, y temen que su vista os sugieran estos recuerdos por los que deben ruborizarse en vuestra presencia.

Pero ¿quién podría enumerar todas las rarezas, todas las miserias del amor propio y del egoismo que se revelan en estos encuentros?

\*  
\* \*

Hay, en fin, quien vacila largo rato alrededor del amigo por una vanidad puramente física, porque le molesta enseñar las canas de sus cabellos ó la mella de su dentadura.

Alguno no se os acerca por huir el compromiso de de invitaros á comer, y sacrifica vuestra amistad, renuncia á veros toda la vida por ahorrar unas cuantas pesetas.

Otros salen á vuestro encuentro, pero viéndoos vacilar algunos instantes y sospechando que la vacilacion procede de poco deseo de reconocerle, se van como si nada hubiese ocurrido y os obligan á hacer lo mismo.

De aquí proviene una especie de correspondencia muda entre vosotros: volveis á encontraros otras veces y os mirais sin saludaros, queriéndoos decir el uno al otro:

—¿Pero por qué no das el primer paso, necio?

Hay, por último, el amigo de *buena pasta*, que á



vuestras expansiones corresponde mal, encogido y seco, dejándoos lastimados y ofendidos, no por mal corazon, sino por cualquier tontería. ¡Dios santo! Habeis llegado á propósito á una hora dada: hay una fiesta de amigos en la que no se contaba con nosotros: la echásteis á perder.

Otras veces os recibe con lágrimas de alegría en los ojos; la culpa es vuestra; tendrá remordimiento y vergüenza sinceramente, por una pequeñez que á él le parece un gran pecado: hacía veinte años que no fbais á verlo!

Pero así sucede: hay pocas amistades que resistan á la prueba de una incomodidad.

El cariño tiene su horario.

Hay días en los que el corazon *no recibe*.

\*  
\* \*

No importa: un amigo generoso que tenga el corazon en la mano que os encontréis, os compensa de los desalientos y miserias de otros ciento.

Es un placer que tiene pocos iguales. Se nos aparece envuelto en una nube de recuerdos que evocamos todos de una vez, como una multitud de mariposas de variados colores.

Se nos presenta rasgando un velo, trás del cual abrazamos con una sola mirada en iluminado horizonte, rostros queridos, paisajes poéticos, escuelas recorridas, cien pequeñas crisálidas de nosotros mismos. Es como un fantasma venido de otro mundo, la imágen viva de nuestro pasado, un mensajero que nos trae un saludo de nuestros muertos, un perfume de nuestros afecto y de nuestras alegrías de los primeros años, un poco del aire de todos los lugares en los que hemos vivido y algo del polvo de cuantas cosas hemos amado.



Después, lo primero que se hace observar, comparando nuestras decadencias físicas, principalmente es el cabello, para observar en donde empieza á dejar su huella de nieve el paso de los años.



¡Qué pronto viene el desencanto, santo cielo!

El tiempo ha hecho sus primeros extragos de viejo bilioso; ha arrancado un mechón de cabellos de la cabeza, ha sombreado de arrugas el cerco de los ojos, ha desfigurado la barba y ha tirado aquí y allá líneas de dibujo topográfico con la cuidadosa delicadeza del que experimenta un placer en el trabajo.

El uno dice al otro: —Te encuentro bien,—que es como decir: —¡Bueno te han puesto los años!

¡Ah! verdaderamente ciertas obesidades de los cuarenta años, ciertas redondeces de tonel, con el aditamento de un principio de joroba, que amenaza crecer, nos hacen sonreír compasivamente como buenos hermanos, con un vago sentimiento de tristeza. ¿Dónde estais gentiles talles ligeros que os mecáis elegantemente en las vueltas de vertiginoso vals? Ciertos pequeños defectos apenas visibles en la juventud, se han revelado insolentemente, aprovechán-



dose del descuido en que los dejó el padre de familia preocupado con otros cuidados.

Se han presentado ciertas aberraciones, ciertas dilataciones semicómicas en el rostro, que parecen efectos patológicos y que os hacen preguntar: ¿Pero está grueso ó hinchado?

Es aquel maldito deterioro de la edad madura que no inspira aún el respeto de la vejez y acusa ya lejana la juventud: el ligero estrago, el que hace se diga de una mujer que está *pasada*; un no sé qué de arrumbado y de áspero, algo que no es la ruina, pero sí el derribo; la apariencia desagradable y un tanto burlesca de un pollo á medio pelar.

Y, sin embargo, encontrais aun algunos frescos y lozanos, como si no hubiesen pasado los años, verdaderos burladores del tiempo, en los que no ha dejado huella alguna los veinte años trascurridos y que están tan poseídos y envanecidos con su postiza juventud, que dá grima verlos.

Otros, los muy bribones, aunque envejeciendo, se han hermoñado á su manera: eran muy poquita cosa á los diez y ocho años, tenían aspecto raquítico y miserable de colegiales viciosos y han tomado, engordando, con el auxilio de una gran barba de espantaniños, cierta postiza majestad que no les dá nada de vista.

Pero, sobre poco más ó ménos, todos estamos lo mismo; con la apariencia de jóvenes, sí, pero agostados por una larga marcha, con los músculos de la cara algo rebajados y polvo en el cabello.

Se habla mucho de la generosidad de la amistad; pero no hay cosa que dé tanto gusto á dos antiguos amigos como encontrarse ambos maltratados por el tiempo con imparcial ferocidad.



\*  
\* \*

Después de este primer exámen estético, se siente en seguida la necesidad de sentarse el uno frente al otro, en algun apartado rincon, para acabar de reconocerse.

—Ea, querido amigo: se han juntado ya algunos añillos, ¿no es verdad? Es durilla la vida, ¿no es cierto?

Ambos, á poco se han formado el mismo concepto, la amargura de la experiencia ha llegado en los dos á la misma altura, por distinta que haya sido su vida; como llega al mismo nivel un líquido en los vasos que se comunican, cualquiera que sea su forma. Y haciéndose preguntas no pueden ménos de permanecer algunos minutos mirándose absorto cada uno pensando en lo que le habrá ocurrido al otro en todo aquel lapso de tiempo?

Todo desfila corriendo delante de su mente, casi espantándolos, como el paso de una multitud albo-

rotada, grandes dolores secretos, notas de terror y de espanto cogidas á la cabecera de los moribundos, gritos de locas ambiciones sofocadas por el mundo, traiciones de amigos, torturas del cerebro, bestiales liviandades, días siniestros pasados con la cabeza en las manos y la rabia en la sangre, meditando el suicidio.

Y después la turba innumerable de pequeñas humillaciones y de disgustos pequeños; los gusanos y la polilla de la cabeza y del corazón, todo lo que punza, lo que muerde, lo que mancha, lo que consume poco á poco y lo que deja en la mirada, en los labios, en la voz, una huella, una expresión indefinible de cansancio, de tal modo, que se puede averiguar la edad de un hombre por sus ojos mejor que por el color de su pelo y las arrugas de su cara.

—¡Ah, sí; amarga es la vida!—Y este pensamiento domina algun rato á los dos y se revelan de pronto entre exclamaciones joviales, en repentinos silencios y en cierto meneo de cabeza que significa:

—Verdaderamente es cierto.

Y mientras vuelven á apretarse la mano y á alegrarse, hablando de los años trascurridos, pareciéndoles oír una melodía suave y lejana, acompañada de malévola voz que le murmura al oído: —Y bien; todo ha concluido.



El verde pajarillo de la esperanza ha perdido sus mejores plumas.

Los mil ruiseñores que os cantaban en el corazón, han tendido su vuelo, han ido á hacer su nido en el corazón de otras personas.

Han pasado para no volver, aquellos hermosos días azules en los cuales se soñaba con los ojos abiertos; aquellos apretones de manos en los que parecía mezclarse la sangre de dos corazones para correr por una arteria comun; aquellos besos furtivos en la sombra; aquellos arranques de alegría que llenaban los ojos de lágrimas.

Se han ocultado aquellas manos misteriosas que se estendian por todos los ámbitos del horizonte.

No creáis entonces que todo pasaria como un soplo de aire perfumado. ¿Lo habeis visto? ¿Estáis persuadidos de ello? ¿Qué decís del chasco? Buenas noches, señores,

\*  
\* \*

Acabadas las demostraciones de alegría, se empiezan las conversaciones.

¡Ah, pobre naturaleza humana, siempre tan próxima de la infancia en todas las edades!

Desde que no nos hemos visto, medio mundo ha cambiado de faz, ejércitos enormes se han exterminado y el ingenio del hombre ha hecho prodigios: un inmenso campo se ha abierto á la razon humana. Y nosotros apenas nos hemos hecho, en pocas palabras las obligadas preguntas sobre la salud y la profesion, nos lanzamos de pronto en el pasado; pero solamente para resucitar las cosas alegres, todas las travesuras escolares, las aventuras cómicas, las ridiculeces de los profesores, un cúmulo de bagatelas sin nombre, y nos quitamos á porffa las palabras de la boca, deteniéndonos á ratos para tomar aliento y comer de nuevo con más ardor.

Y es que hay necesidad de reir en este mundo, y de ir buscando con linterna, el más pequeño y el más



lejano motivo de risa, para consolarnos de los mil cuidados que nos oprimen y de los mil peligros que nos amenazan.

La primer hora es una orgía de la memoria, una alegre pesca que se hace en el pasado, de nombres y de anécdotas amenas, un desfile de caricaturas dispersas, una imitación bufa de gestos y de voces interrumpida por algunas explosiones de alegría que nos obligan á apoyar la frente en la mano, como las explosiones del llanto; es una de aquellas pocas horas felices de la vida que se recuerdan siempre como ciertas bebidas deliciosas de determinados manantiales.

\*  
\* \* \*

Después, de repente, la conversacion cambia de tono: se pasa rápidamente por los acontecimientos políticos y por los sucesos de familia; nos ocultamos recíprocamente nuestras opiniones y nuestro sentimiento deseosos de descubrir, el uno en el otro, los efectos del tiempo y de la experiencia, pero con precauciones, con preguntas capciosas á fin de dar tiempo á retirar la mano cuando se siente la punta; nos hojeamos mutuamente, como un libro, procurando aprender sin que nos apercibamos de ello y mirándonos á ratos de soslayo para ver si la expresion del semblante corresponde con las palabras que decimos.

Se parte el campo saltando de la política al amor, á los negocios, á las muertes; la conversacion toma sucesivamente, distintos colores; la voz recorre todos los tonos, se comienza riendo, se interrumpe para enjugarnos una lágrima, se reanuda el hilo de las conversaciones alegres, se vuelve á deslizar en los



asuntos tristes, se tocan todas las teclas de la vida á capricho de la mano.

Y despues, nos quedamos los dos silenciosos, asombrados de no tener nada que decirnos, al cabo de tanto tiempo, con los ojos fijos en el polvillo que flota en el aire iluminado por un rayo de sol, que entra por la ventana del solitario café, algo cansados de aquella carrera precipitada á través de la vida, no poco atormentada la cabeza con el penetrante olor de todos aquellos recuerdos tan diversos, y con una sombra de tristeza que podía llamarse la nostalgia del pasado, semejante á la que se experimenta despues de haber vuelto á ver una casa en la que se ha vivido muchos años.

\*  
\* \*

Pero, ¡qué rarezas y qué variedad de cambios se encuentran en los amigos que no se han visto durante la juventud!

Algunos, de natural díscolo y violento, que parecían iban á trastornar el mundo, se han acomodado tranquilamente á la vida del matrimonio: su vida no tiene más fin que la procreacion: desde las veinticuatro hasta los treinta y cinco años, su casa se ha convertido en un asilo de niños: han nacido para propagar la especie: no eran turbulentos é inquietos cuando mozuelos, sino porque sentían ya agitarse dentro de sí la vida de aquel pequeño pueblo que deberían echar al mundo más tarde. Ahora nadie los conoce ya: viven tranquilamente en su oficina de niños, contentos de su obra y pacíficos como corderillos.

A otros los encontrais secos como zarzos, con cara de bobos: eran paladines y ya no hablan más que monosílabos: llamad á la puerta de su cerebro y



nadie os contestará: no hay nadie en casa. Lanzados al placer á los diez y ocho años, han apurado los goces sin darse un momento de descanso: han vaciado su cerebro, su corazon y sus venas. Vuelven un poco en sí al veros de nuevo, y despues se entregan otra vez á rumiar silenciosamente pensamientos sensuales y mientras le hablais de la muerte de vuestro padre, siguen con la vista á unas faldas que pasan; al cabo de un cuarto de hora le mandais á pasco y os lo agradecen.

Otros presentan un fenómeno psicológico muy curioso: los veinte años que han trascurrido desde que no los habeis visto, parece que los han pasado durmiendo: tales como estaba entonces, intelectualmente, así los encontrais; sin una idea ni un conocimiento más: repiten, con las mismas palabras, idénticas conversaciones; ríen, con igual sonrisa, las propias tonterías; tienen aún, al cabo de cuarenta años, la misma barbilla incipiente que tenían á los diez y siete, en la flor de su juventud temprana; se hallan en un estado de conservacion completa, y viven y funcionan como simples aparatos digestivos.

\*  
\* \*

En algunos, pero esto muy raras veces ocurre, hallais todo lo contrario: una pasion, un acontecimiento extraordinario cualquiera, ha hecho moverse á la máquina de su pensamiento: todas sus facultades se han engrandecido y agigantado: estudiándose, han llegado á ser pequeños capitalistas intelectuales: desde sus primeras palabras descubris en ellos un nuevo florecimiento de ideas, una razon ejercitada, un ingenio resuelto y batallador que os obliga á poneros en guardia con cierto sentimiento de respeto y os admiran tanto más cuanto que no tenáis ningun indicio de ello en los bancos de la escuela, donde no hacían más que delicados trabajos de ebanistería con el cortaplumas.

Volveis á encontrar ciertos hombrecitos buenos, ingénuos y dulces en el fondo y en la forma, tales como eran de niños; criaturas privilegiadas que han atravesado la vida como un lago tranquilo, vírgenes aun de desengaños, sin experiencia del mundo, ver-



daderos niños envejecidos, delante de los cuales por sencillos y oprimidos que seais, os pareceis viejos Mefistófeles, cargados de años y de pecados, y os ocurre tratarles con cierta benevolencia paternal, como si tuviéseis más edad que ellos.

Otros han pasado por el mundo de la más rara manera posible: los habíais conocido cándidos como palomas, que se avergonzaban por cualquier cosa y de quienes todos se burlaban por su timidez de niños; y los encontráis ahora con otro aspecto, con una expresión áspera y severa, con otro timbre de voz, con una apariencia fría de palabras y de ademanes que os inspira pocas simpatías. ¡Cuidado! Han matado á su madre á sobresaltos: hecho abortar á su mujer: herido en duelo á un amigo por quince pesetas; estafado un capital á un pariente y no están en presidio por un milagro.

Sin saber por qué, sentís en su compañía un mal-estar, una repugnancia que no os sabéis explicar y lo dejais en la primera ocasion que teneis, quedándoos como si os quitarais un gran peso de encima.

Otro, que estaba rebosando salud y contento, lo volveis á ver enflaquecido y macilento, con la cara contraída y una sonrisa forzada.

Era de alma noble y se ha hecho malicioso; era es-  
nativo y está muy metido en sí.

Es un pobre hombre caído en el horrible abismo de un matrimonio desgraciado, que ha consumido la fuerza de su naturaleza vigorosa y que la va gastando poco á poco.

Os recibe con gusto y se reanima algo con vosotros olvidando el infierno en que vive; pero baja pronto la cabeza y deseamos llegue pronto el momento de separarnos de él porque no podemos consolarle en su desgracia, que se avergüenza de confesar.